

Ivo Tonet

SOBRE EL SOCIALISMO

© del autor / CC BY-NC-ND 3.0 ES

Traducción: María Jimena Quintero Bravo, Cecilia Etchebehere Silveira, María del Carmen Echeverriborda y Nicolás Esteban Frank Gabin

Diagramación: Estevam Alves Moreira Neto

Tapa: Luciano Accioly Lemos Moreira

Catalogación en la fuente

Departamento de Tratamiento Técnico Instituto Lukacs

Bibliotecario a cargo: Fernanda Lins

T664s Tonet, Ivo.
Sobre el socialismo / Ivo Tonet. – São Paulo : Instituto Lukács, 2013.
48 p.

Traducción: *Sobre o socialismo*. 2. ed. São Paulo: Instituto Lukács, 2012.
Incluye bibliografía.
ISBN 978-85-65999-17-5

1. Educación – socialismo. 2. Marxismo.
3. Revolución proletaria. I. Título.

CDU: 141.82

Esta obra obtiene su licencia de una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España. Para ver una copia de esta licencia, visite creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/

Esta licencia permite copiar, distribución y difusión, siempre que: 1) considere su crédito al autor, 2) no alterar, transformar o crear sobre esta obra, y 3) no hacer uso comercial de los mismos.

1ª edición: 2013

INSTITUTO LUKÁCS
www.institutolukacs.com.br
institutolukacs@yahoo.com.br

Ivo Tonet

SOBRE EL SOCIALISMO

1ª edición

Instituto Lukács

São Paulo, 2013



Índice

Referencias de la traducción.....	6
Prefacio a la segunda edición.....	7
Introducción.....	9
1. Lo que el socialismo no es.....	11
2. Lo que el socialismo es.....	15
2.1 Un presupuesto fundamental: el trabajo como fundamento del ser social.....	16
2.2 La sociedad capitalista.....	19
2.3 Más allá del capitalismo y del capital.....	24
3. ¿Cómo llegar allá?.....	41
Sugerencias de lectura.....	47

Referencias de la traducción

En cursiva y entre paréntesis rectos [] se incluyen las palabras tal cual se encontraban en el texto original para las cuales no se encontró una traducción suficientemente adecuada que no empobreciese la frase, o se prefirió mantener el término original utilizado por el autor, dado que la precisión de los términos es de importancia en el debate teórico - como ser el caso de la clase obrera [*operária*] o el “el proceso de volverse [*tornar-se*] hombre del hombre”.

También entre [] pero sin cursivas se encuentran palabras o caracteres no correspondientes al texto original que fueron agregadas por los traductores para facilitar la comprensión del texto en español.

22 de mayo de 2013

María Jimena Quintero Bravo, Cecilia Etchebehere Silveira, María del Carmen Echeverriborda y Nicolás Esteban Frank Gabin (Grupo de Estudios del Trabajo).

Prefacio a la segunda edición.

Socialismo o barbarie. Nunca esa afirmación tuvo tanta actualidad como hoy. Y, paradójicamente, nunca, como hoy, el socialismo estuvo tan ausente del horizonte de la humanidad. El fracaso de todas las tentativas de construcción de una sociedad socialista y el reciente desmoronamiento de los llamados países socialistas parecieron traer la prueba definitiva del carácter utópico de esa propuesta. Al lado de esto, las profundas transformaciones ocurridas en el proceso productivo y sus repercusiones en el conjunto de la sociedad, también parecieron quitar de escena aquel que era considerado el sujeto fundamental de una nueva revolución socialista, el proletariado. Delante de eso, parece haber restado como horizonte, para la humanidad, nada más que el perfeccionamiento del actual orden social.

Pero, las profundas contradicciones inherentes al sistema capitalista continúan existiendo y, mas aún, agravándose, intensificando, cada vez mas, la desigualdad social y, con ella, los problemas sociales de todo orden. Sin ningún pesimismo, se puede afirmar que el futuro de la humanidad es extremadamente sombrío con la continuidad de

la existencia del sistema capitalista.

Se trata, por tanto, del futuro de la humanidad. De este modo, la discusión al respecto de la posibilidad y la necesidad de superación de este orden social y de la construcción de otra forma de sociabilidad, mas allá y superior al capitalismo, es de máxima urgencia.

Es para eso que este pequeño libro pretende contribuir.

Maceió/AL, Brasil, abril de 2012.

Ivo Tonet.

Introducción.

Hace poco más de una década era decretada la muerte del socialismo y la victoria definitiva del capitalismo. Sin embargo, a pesar de la voluntad de todos los capitalistas y burgueses, el capitalismo no sólo no está resolviendo los problemas de la humanidad, sino que los está agravando de un modo extremadamente brutal colocando en riesgo la propia existencia de la especie humana. Este agravamiento, sin embargo, no es un defecto del capitalismo, sino que es parte de su propia esencia.

Creo, por tanto, que es hora de retomar, con todo el énfasis, la discusión al respecto de la superación del capitalismo, de la construcción de una forma de sociabilidad en la cual los hombres puedan vivir una vida realmente digna. Este tipo de sociabilidad es, según Marx y Engels, el socialismo¹.

¹ La idea de socialismo, como una sociedad donde estuviesen superadas las desigualdades sociales comienza en la antigüedad y se extiende hasta nuestros días. Aquí apenas nos referiremos a la concepción de Marx y Engels. Sabemos también, que hay, en la propia obra de Marx, una distinción entre socialismo y comunismo. Dejaremos de lado esa cuestión, utilizando apenas el concepto de socialismo como sinónimo de comunismo, por ser, hoy, el más común.

Como, no obstante, la idea de socialismo sufrió una infinidad de interpretaciones y deformaciones, conviene retomar las cosas desde el comienzo.

1. Lo que el socialismo no es

Antes de entrar propiamente en la cuestión, conviene hacer algunas observaciones. Socialismo es algo necesariamente polémico. Suscita inmediatamente pasiones, en contra y a favor. Es, por tanto, muy difícil realizar un abordaje riguroso y objetivo. Pero, si hay seriedad, es preciso esforzarse para esto. Al final, se trata del futuro de la humanidad.

En este sentido, juzgamos que una primera actitud, debe ser evitar, a todo costo, tomar como referencia aquello que se acordó llamar “socialismo real”. Si la realidad de los países dichos socialistas fuera tomada como punto de partida, entendiendo que allá de alguna forma o bajo algún aspecto, existió algo semejante al socialismo, toda discusión estará anticipadamente, falseada. Esto porque ella resultará o en su puro y simple rechazo o en el intento de localizar sus defectos para corregirlos. En el primer caso, por motivos obvios. En el segundo caso, el eje de debate será desplazado, o para el lado de la dimensión política (democracia, ciudadanía), lo que es más común, o para el lado de algún aspecto particular (cuestiones económicas). Nuestra intención es

exactamente proponer otro punto de partida y, consecuentemente, todo otro enfoque para esta problemática.

En segundo lugar, es preciso alejar algunas serias deformaciones sufridas por la idea de socialismo.

Entre estas deformaciones, que procedieron tanto de sus adversarios como de sus adeptos, están las ideas de que: socialismo sería una sociedad paradisíaca, donde no existiría más ningún problema, donde reinaría la más completa felicidad; una forma de sociedad colectivista, esto es, donde el interés individual sería despreciado, sólo valiendo el interés común; una forma de sociedad marcada por la supresión de la propiedad privada (en el sentido jurídico-político), por la estatización de los medios de producción (tierras, fábricas, comercios, bancos, etc.), por la planificación centralizada de la economía por intermedio del Estado; por una producción volcada para la atención de las necesidades básicas de la mayoría de la población; por la existencia de un Estado todo-poderoso y de un partido único, en la suposición de que, siendo la clase trabajadora una sola, no podría ser representada por más de un partido.

Todo esto, como demostraré más adelante, nada tiene que ver con socialismo. A pesar de todo esto, tanto la guerra ideológica contra el socialismo, por parte de los capitalistas y sus ideólogos, como lo que de hecho sucedió en los países que se declaraban socialistas, hicieron

que predominasen estas y otras ideas erróneas acerca de él. No se trata, no obstante, de estar, anticipadamente, a favor o contra del capitalismo o del socialismo. Tampoco se trata de construir, en la imaginación una sociedad mejor. Se trata de examinar y comprender el proceso histórico, teniendo siempre en vista que es el ser humano, en su procesualidad, el que está en el centro de él. De este modo, el criterio general de evaluación será siempre el de comprender, en cada momento histórico, como se da este proceso y cuales son las posibilidades y límites para que los hombres se construyan cada vez más como seres propiamente humanos. Veremos, más adelante, cuáles son las determinaciones *esenciales* de este “construirse como seres humanos”.



2. Lo que el socialismo es

Con las preocupaciones arriba señaladas, por tanto, y sin idealizaciones ni deformaciones, vamos a comenzar desde el comienzo, preguntando: ¿qué es el socialismo?

Sin embargo, esta pregunta tiene que ser calificada. Considerando que el socialismo no existe (y nunca existió en ninguna parte, como quedará claro más adelante) y que el futuro no está pre-determinado, es imposible saber, en detalles, como será una sociedad socialista. Como, sin embargo, la historia humana tiene una línea de continuidad, es posible saber cuales serán las *líneas generales y esenciales* que marcarán una forma de sociabilidad más allá y superior al capitalismo.

Vale enfatizar, no obstante, que estas *líneas generales y esenciales* no son creadas por la cabeza de nadie. No son obra de la imaginación, especulación o fantasía. Son abstraídas tanto del proceso histórico general (el proceso de volverse hombre del hombre) como, más inmediatamente, de la actual fase de la sociedad, que es el capitalismo. Es a partir del análisis de estos dos elementos que podremos encontrar las líneas maestras que

marcarán una sociedad socialista.

De hecho, el propio Marx insistía mucho en esto, cuando decía que el comunismo no es un ideal a ser alcanzado, sino “el movimiento real que supera el estado de cosas actual”. Decía también él que si las condiciones de construcción de una sociedad comunista no existiesen ya en el interior de la sociedad capitalista, de nada serviría quedarse hablando sobre la idea de comunismo. Por tanto, una cosa debe quedar bien clara: socialismo no será lo que gustaríamos que fuese, socialismo será (si la humanidad consigue llegar allá) una forma de sociabilidad construida a partir del capitalismo y superior a lo que hay de mejor en él y no simplemente diferente que él en algunos aspectos (como por ejemplo, en la preocupación con la igualdad social).

2.1 Un presupuesto fundamental: el trabajo como fundamento del ser social.

Para no perdernos en aspectos particulares y entrar en discusiones estériles, es importante que comencemos a partir de las raíces del proceso social - del proceso de volverse hombre del hombre - y en ningún momento perdamos el hilo conductor de él.

Entendemos, basados en Marx, que el acto fundante de la existencia humana es el trabajo. Tanto porque es por su intermedio que se da el pasaje del ser natural al ser social, como porque él será siempre la base a partir de la cual se construye

la totalidad de la realidad social. Y trabajo, en sus elementos esenciales, es un compuesto de teleología (finalidad consciente) y causalidad (la naturaleza, con sus leyes propias). La articulación entre estos dos elementos, a través de la actividad práctica, es que da origen a una realidad no más natural, sino social.

Es por el trabajo que los hombres transforman la naturaleza, adecuándola a sus finalidades y es a partir de él que, al mismo tiempo, se construyen a sí mismos como seres humanos. De esto resulta que todo lo que los hombres son, inclusive su naturaleza mas esencial, es resultado de la actividad de los propios hombres. No existe, pues, como afirman otras corrientes de pensamiento y, en especial, el liberalismo, un núcleo inmutable constituido por el carácter egoísta de los individuos. O sea, los hombres no nacen buenos o malos, egoístas o solidarios; ellos se vuelven esto o aquello dependiendo de la realidad social que ellos mismos construyen. De esto deriva, también, el hecho de que, por más que los hombres, en su proceso de volverse humano, se aparten de la naturaleza, el intercambio con ella será una necesidad que jamás podrá ser enteramente suprimida. Este carácter radicalmente histórico y social del ser social, que aquí apenas apuntamos, pero no podemos fundamentar detalladamente, es la base para afirmar que el capitalismo puede ser superado y que el socialismo es una posibilidad real.

Vale observar que, a diferencia de los animales,

los individuos singulares humanos no nacen como seres pertenecientes directa e inmediatamente a su género. Ellos se vuelven así por las relaciones que establecen con otros individuos y por la apropiación del patrimonio común del género humano. Por lo tanto, desde el inicio el ser social es marcado por la existencia de dos polos, el individual y el genérico, que conforman una unidad indisoluble. La relación entre individuo y género asumirá formas variadas a lo largo de la historia, siendo que el estado de esta relación permitirá evaluar el estado de humanización en que se encuentra la humanidad.

Ahora, el trabajo, por su propia naturaleza, es una actividad social, o sea, es una actividad que implica siempre relaciones entre aquellos que la realizan. Considerando que el trabajo es la base del ser social, su forma concreta constituirá siempre la base a partir de la cual se estructurará cualquier tipo de sociedad. No obstante, el trabajo no agota la realidad social. La producción del excedente y la complejización de la vida social dan origen a necesidades y problemas que no podrían ser solucionados apenas en el ámbito del trabajo. Esto lleva al surgimiento de nuevas dimensiones, tales como arte, religión, educación, política, derecho, ciencia, etc., con el fin de enfrentar los nuevos desafíos. La raíz de todas ellas es el trabajo, pero cada una de ellas tiene una función y una especificidad propia.

Uno de los momentos mas marcantes, en la historia de la humanidad, que dio origen a grandes

avances, pero también a enormes problemas, fue el surgimiento de la propiedad privada, de la división social del trabajo y de las clases sociales. Todo esto tuvo origen en el momento en que el desarrollo de las fuerzas productivas permitió que los hombres produjesen más de lo necesario para su subsistencia inmediata. Con aquellos elementos comienza la explotación y la dominación del hombre por el hombre. En la comunidad primitiva, las fuerzas de todos los individuos eran puestas en común y el producto de trabajo también era repartido en común. En la sociedad de clases, estas fuerzas colectivas son privatizadas y puestas al servicio de la explotación y la dominación de los que producen por los propietarios de los medios de producción. A partir de ahí toda la historia de la humanidad, hasta hoy, tiene como eje - no como causa ni como factor único, sino como eje - la lucha entre las clases. A su vez, esta lucha, en última instancia, tiene que ver con el modo de producir y de repartir la riqueza. Todas las otras dimensiones sociales (política, derecho, ciencia, educación, religión, etc.) serán, de alguna forma, traspasadas por esa lucha que se trabará entre las clases.

2.2 La sociedad capitalista

Desde el momento en que surgieron las clases sociales hasta hoy, la humanidad atravesó varias formas de sociabilidad. En el mundo occidental, *grosso modo*, la comunidad primitiva - que duró algunos milenios y que también fue muy

diferenciada en su interior - fue sucedida por el modo de producción esclavista. El esclavismo se caracteriza por el hecho de que los productores de la riqueza material son, ellos mismos, propiedad total de su señor. Fue esta forma de producción - miseria extrema para la mayoría y gran riqueza para la minoría - que permitió la creación de un patrimonio técnico, científico y artístico-cultural que nosotros todavía hoy admiramos.

Pero, de a poco, inúmeros factores (aumento exagerado del número de esclavos, enorme crecimiento del ejército y del aparato estatal y sus costos de reproducción) así como el debilitamiento del poder del Estado y las invasiones de los pueblos llamados bárbaros, tornaron inviable ese modo de producción. De su desagregación, por un proceso extremadamente complejo, surgió una forma de sociabilidad basada en el modo servil de trabajo. Era el modo de producción feudal. Este modo de trabajar se reveló como una forma más productiva y hasta más humana que el modo esclavo, una vez que el siervo ya no era un simple instrumento de producción en las manos de los señores y, al mismo tiempo, era señor de algunos instrumentos de producción.

Aumento de la población, intensificación de los intercambios comerciales y avances científicos y técnicos y otros factores acabaron por tornar problemático también este modo de producción. Y en el interior de él se fue generando el capitalismo.

La transición del feudalismo al capitalismo fue

marcada por algo que nunca había sucedido en los cambios anteriores: la revolución. Un proceso en que la conciencia intervino de forma explícita y que culminó con la toma del poder político a través de la fuerza. Renacimiento e Iluminismo marcan, de un modo especial, este proceso de combate a la concepción de mundo feudal en todos sus aspectos (económicos, políticos, sociales, ideológicos) y la elaboración de una nueva concepción de mundo, también en todos esos aspectos. Así, la revolución burguesa fue la primera prueba práctica de que los hombres pueden cambiar radicalmente la realidad social.

Cuando llegamos, entonces, a la sociedad capitalista, encontramos las relaciones de trabajo estructuradas bajo la forma de trabajo asalariado, de compra-y-venta de la fuerza de trabajo de los trabajadores por los capitalistas. Es a partir de este acto básico que tienen origen un conjunto de categorías, algunas específicas, otras que ya existían antes, pero sufrieron una profunda modificación. Se trata de la plus-valía, del capital, de la propiedad privada, del valor-de-cambio, del trabajo asalariado, de la mercadería (con su fetichismo), de la división social del trabajo, de las clases sociales burguesas. También, tiene origen ahí la división entre la esfera privada y la esfera pública, así como el Estado, con todo su aparato jurídico-político, para garantizar la reproducción de este orden social.

Esta forma de trabajo, por su propia naturaleza, genera necesariamente y siempre

la desigualdad social. Al comprar a fuerza de trabajo del obrero el capitalista no sólo adquiere una cosa, sino también adquiere el poder de expropiar y dominar la vida de él. Esto porque capital (riqueza bajo esta forma) nada más es que trabajo acumulado privadamente y trabajo, en última instancia, es siempre dispendio de energías físicas y espirituales de quien produce. Así, *producir desigualdades sociales no es un defecto de la producción y reproducción del capital. Es un supuesto esencial de su naturaleza*. Por eso mismo, es *absolutamente imposible* construir una auténtica comunidad humana sobre la base del capital. Pero, por otro lado, es también el capital, generado por aquella forma de trabajo, el responsable por el extraordinario desarrollo de la ciencia, de la técnica y de las fuerzas productivas (ahí incluido el propio hombre); por la producción, en amplia escala, de la riqueza; por el revolucionamiento constante del proceso productivo; por la universalización real de la humanidad; por conferir un carácter plenamente social (aunque alienado) al ser social y por colocar las bases para un amplio y rico desarrollo de los individuos y del género humano. En síntesis, el capital, cuyo origen está en la compra-y-venta de la fuerza de trabajo, es una matriz contradictoria. Al mismo tiempo en que produce condiciones para desarrollar una riqueza inmensa, también cercena y deforma la producción de esta misma riqueza. Al mismo tiempo que produce condiciones para crear riqueza suficiente para atender las necesidades de todos, también impide el acceso a ella para la inmensa mayoría que la

produce. Al mismo tiempo en que produce condiciones para realizar efectivamente la igualdad y la libertad de todos, también aumenta extraordinariamente la desigualdad social y suprime la libertad de los individuos al someterlos a su lógica. Al mismo tiempo en que produce condiciones para un desarrollo amplio y rico de los individuos, también los torna unilaterales, deformados, empobrecidos y opuestos entre sí. Al mismo tiempo en que produce condiciones para un intercambio armonioso y adecuado entre el hombre y la naturaleza, su lógica interna lo impulsa a la devastación y a la degradación de la naturaleza y de sus relaciones con los hombres.

El momento actual de la historia de la humanidad nos indica otra cosa. Que no es apenas de la naturaleza del capital producir desigualdades sociales. Es también de la naturaleza de su reproducción, a partir de cierto momento, producir tanto más desigualdades sociales cuanto mayor sea su desarrollo. Es lo que estamos viendo hoy. De un lado, extraordinario desarrollo de la riqueza; del otro lado, intensificación nunca vista de las desigualdades y de los problemas sociales (miseria, hambre, violencia, drogas, guerras, exclusión social, degradación de las condiciones de vida de millones de personas, devastación de la naturaleza, etc.).

Como se puede observar, tanto la lógica interna, como la profunda crisis estructural que este sistema vive actualmente, dejan claro que él ya no puede abrir horizontes para una

autoconstrucción auténticamente humana del hombre. Su tendencia más profunda, de aquí para adelante, será en el sentido del agravamiento de las desigualdades, de los problemas, de las contradicciones, pudiendo llegar a poner en peligro la sobrevivencia de la propia humanidad.

2.3 Más allá del capitalismo y del capital.

Todo eso muestra que esta forma de sociabilidad tiene que ser enteramente superada para que la humanidad pueda llegar a un nivel superior de su realización. Aún más porque la dinámica interna del capital es de tal orden que no puede ser controlada por ninguna fuerza, ahí incluida la fuerza del Estado. Ella puede ser erradicada, porque es resultado de los actos de los propios hombres, pero no controlada, porque cuando es puesta en acción adquiere un modo propio de reproducción, cuya fuerza es mayor que el hombre. Vale observar que controlar, aquí, significa tener la regencia del proceso. Por tanto, no debe ser confundido con establecer algunos límites superficiales o amenizar las consecuencias más dañinas. De este modo, sólo cuando fuera arrancada su raíz, que es la compra-y-venta de la fuerza de trabajo, es que ella será erradicada y la regencia del proceso estará en las manos de los propios hombres. Pero, esta erradicación pasa exactamente por el establecimiento de otra forma de trabajo, que pueda ser la base de una nueva y superior forma de sociabilidad. Esta otra forma es el **trabajo asociado**. Así como el capitalismo

tiene como base el **trabajo asalariado**, el socialismo deberá tener como base el **trabajo asociado**.

¿En qué consiste el trabajo asociado? El trabajo asociado es una forma de trabajo en que los individuos ponen en común sus fuerzas y el resultado de este esfuerzo colectivo es distribuido para todos, de acuerdo con las necesidades de cada uno. Más allá de cualquier otra marca, esta forma de trabajo tiene como característica esencial el *control libre, consciente y colectivo de los productores sobre el proceso de producción*. De este modo, son los hombres que rigen el proceso de producción y no los productos, transformados en mercancía por la compra-y-venta de la fuerza de trabajo, que dominan la vida humana. Es evidente que esta forma de trabajo es mucho más humanamente digna porque en este caso son los propios hombres que deciden cómo, qué y de qué forma será realizada la producción. Bajo esta forma, entonces, el trabajo habrá adquirido su forma más digna, humana y libre posible. Y es por eso mismo que él podrá ser la base de una forma de sociabilidad donde los hombres podrán ser no apenas formalmente, sino realmente libres e iguales.

Pero, es importante dejar claro que, dado el estado de universalización en que se encuentra hoy la humanidad, el trabajo asociado no puede ser algo establecido apenas localmente. Independientemente del tiempo que lleve para ser estructurado y de las formas concretas que vaya

a asumir, él tendrá que tener, necesariamente, un carácter universal. Más adelante nos referiremos al problema de la transición del capitalismo al socialismo.

En este momento - del socialismo - el trabajo dejará de ser una actividad de carácter predominantemente desagradable, alienante e impuesta como una obligación. Él se tornará una actividad donde predominarán el placer y la auto-realización. Esto porque el tiempo de trabajo exigido para la producción de la riqueza será mucho menor; las condiciones de trabajo (posibilitadas por la tecnología) serán mucho más dignas y la división social del trabajo habrá desaparecido, permitiendo a las personas escoger libremente el tipo de actividad que deseen desarrollar, sin tener que fijarse, necesariamente, apenas a una de ellas.

Al contrario de lo que muchos piensan, el trabajo no desaparecerá, mismo porque él (como intercambio con la naturaleza) será siempre una necesidad para la vida de la humanidad. Él continuará siendo el fundamento del ser social. Apenas (lo que hace toda la diferencia) adquirirá una forma más adecuada a una autoconstrucción plenamente humana. De hecho esta forma de trabajo sólo podrá llegar a existir a partir de dos condiciones. Primera: un enorme desarrollo de las fuerzas productivas (ciencia, técnica, maquinaria, nuevas cualidades y habilidades humanas), de modo que la creación de la riqueza sea suficiente para atender las

necesidades de todos. Ya acentuaba Marx que donde no hubiera abundancia es imposible que haya trabajo efectivamente libre y, por tanto, socialismo. Para que pueda existir socialismo no bastan ideas y disposición socialistas. Es preciso que exista una base material (aquel desarrollo de las fuerzas productivas arriba mencionado) a partir de la cual puedan surgir consciencia, valores, comportamientos, relacionamientos, concepciones de mundo efectivamente fraternas y solidarias. Si no existieran estas condiciones de nada servirán los apelos a la solidaridad y al humanismo.

En cuanto a las necesidades, vale observar que no se trata de la atención de las necesidades simplemente del modo como ellas son generadas en el interior de la sociabilidad regida por el capital. Sabemos, desde Marx, que el capital tanto produce las necesidades como las personas adecuadas para responder a ellas. Pero, en el proceso de transformación social del capitalismo para el socialismo, tanto las necesidades humanas sufrirán profundas modificaciones, tornándose adecuadas al desarrollo humano y no a la reproducción del capital, como los propios individuos se configurarán de modo enteramente diferente.

Segunda condición: la disminución del tiempo de trabajo necesario y el aumento del tiempo libre. Este tiempo, a diferencia del tiempo “libre” del capitalismo, será efectivamente libre, es decir, las decisiones al respecto de cómo ocuparlo

pertenecerán a los propios individuos porque ya no estarán insertas en la lógica del capital. Es éste tiempo que permitirá a las personas dedicarse a la realización de actividades más propiamente humanas (arte, conocimiento, ocio, recreación, filosofía, juego, etc.) así como desarrollar ampliamente sus potencialidades. La apropiación de las más variadas formas de la riqueza del patrimonio humano - material y espiritual - y la expresión de las múltiples capacidades de cada uno se tornarán una posibilidad real. En el capitalismo, sólo algunos - a costa del trabajo y de la privación de la mayoría - pueden hacer aquello que les gusta. En el socialismo, esto será válido para todos. Si esto parece utópico, basta mirar los países más desarrollados. Especialmente los países de la Europa occidental nórdica. Allí, aunque de forma lejana y grosera, por causa de las contradicciones inherentes al capitalismo (ahí incluida la relación de explotación de los países pobres por los países ricos), ya se preanuncian, de algún modo, estas posibilidades. Posibilidades que serán inmensamente mayores en el socialismo, una vez que allí las bases materiales también serán inmensamente más favorables.

Solamente la existencia de estas dos condiciones puede permitir la instauración del trabajo asociado y, por tanto, del socialismo. El trabajo asociado, a su vez, se revelará como una forma no solo mucho más humanamente adecuada, sino también mucho más eficiente de producir riqueza. Esto porque, si el capitalismo, que limita, cercena y unilateraliza el desarrollo

de las capacidades humanas, ya permite producir tanta riqueza, mucho mayor será esta producción cuando sea realizada bajo una forma que permita la amplia expansión de aquellas capacidades. Es falso pensar que es la competencia que estimula el desarrollo. La competencia estimula, sí, el desarrollo, pero apenas en el modo, en la forma, en la medida y en el contenido adecuados a la reproducción del capital y no al empuje de una rica autoconstrucción humana. Lo que esto significa de deshumanización está ampliamente a la vista.

Vale observar que es la propia dinámica del capitalismo que empuja en el sentido de la creación de estas dos condiciones. Todavía de manera deformada y deshumanizadora, es ella que lleva al desarrollo constante de la ciencia, de la tecnología y de las fuerzas productivas. Lo que también lleva en el sentido de la disminución del tiempo de trabajo necesario para la producción de la riqueza. De hecho, para que estas dos condiciones puedan adquirir una forma adecuada a la instauración del fundamento del socialismo, es preciso que sea quebrada la lógica que las rige, o sea, es preciso que haya una revolución, vale decir, un cambio social radical. Como decía Marx, “una revolución política con alma social”.

Las consecuencias de esta nueva base material serán inmensas. Por un lado, habrá una negación de todas las categorías de la sociabilidad capitalista. Ya no habrá compra-y-venta de fuerza de trabajo y, por tanto, acabarán la plus-valía, el capital y el

trabajo asalariado. Todos trabajarán, según sus posibilidades y trabajarán poco. Como la riqueza producida será mucho más humanamente adecuada, en cantidad y calidad, que aquella producida en el sistema capitalista, saltará a los ojos de todos la superioridad de la nueva forma de producción sobre la antigua. Con eso, también desaparecerán la explotación y la dominación del hombre por el hombre. No por algún motivo ético, religioso o humanista, sino simplemente porque aquellas categorías se mostrarán como una forma inferior de producción de riqueza y mucho menos adecuadas al desarrollo humano integral.

Es claro que, con esto, también desaparecerán la propiedad privada y las desigualdades sociales. Como afirmó Marx, en el *Manifiesto*, no es la propiedad que va a desaparecer, sino apenas la *propiedad privada*, una forma social que implica que la mayoría - que produce - no tendrá acceso a los bienes producidos. Todos tendrán acceso a todos los bienes - materiales y espirituales - producidos por el trabajo colectivo y necesarios a su desarrollo.

Pero vale la pena acentuar enfáticamente: la superación de la propiedad privada no es una cuestión jurídico-política. O sea, no se supera la propiedad privada pasando las fábricas, las tierras, los bancos, etc., para las manos de los trabajadores. Su superación sólo se dará, de hecho, en la medida en que sea instaurado el trabajo asociado, vale decir, otra forma de producción.

Es esto que deja claro que, en todos los países dichos socialistas, jamás existió socialismo, una vez que allá la propiedad privada fue extinguida jurídica y políticamente, pero no socialmente.

Es preciso rebatir, aquí, un argumento muy utilizado contra el socialismo. El argumento de que la abundancia no es posible porque los recursos naturales son finitos. En primer lugar, no se trata de una abundancia vista a partir de la sociabilidad capitalista, donde el **tener** es la categoría fundamental. En segundo lugar, en el socialismo, la propia producción de la riqueza será regida - *conciente y libremente* - por los hombres. No obstante, aquí no se trata de dividir la carencia, sino de partir de un nivel, ya puesto por el capitalismo, que permite la atención de las necesidades fundamentales - materiales y espirituales - de todos. Con base en esto, los hombres podrán, ellos mismos, tomar en las manos su proceso de autoconstrucción y, así, enfrentar también la problemática de la finitud de los recursos naturales. La cuestión que nunca se puede perder de vista es siempre esta: ¿quién rige el proceso de producción de la riqueza? ¿La necesidad de reproducción del capital o las necesidades de los propios hombres? Si fuera la primera, la finitud de los recursos naturales será de hecho un problema, porque el uso indiscriminado y predador de ellos forma parte de la lógica interna del capital. Si fueran las segundas, entonces, dado el nivel de desarrollo puesto por el propio capital, las decisiones estarán en las manos de los propios hombres.

La gran diferencia, en este punto, entre capitalismo y socialismo, está en que, dado un determinado desarrollo de las fuerzas productivas - sin el cual no es posible que haya ni capitalismo ni socialismo - en el primero son las necesidades de reproducción del capital que comandan todo el proceso, al tiempo que en el segundo son las necesidades humanas.

Con el advenimiento del socialismo, los productos también perderán su carácter de mercadería. Ellos no serán más producidos con la finalidad de ser vendidos y, por tanto, reproducir el capital, sino para atender las necesidades humanas. El propio dinero desaparecerá, una vez que nada más será comprado y vendido, sino apenas apropiado. Cómo esto se hará es imposible saber hoy. Sin embargo, la historia muestra que la humanidad ya resolvió problemas mucho mayores que éste.

Y, como consecuencia, también desaparecerán el Estado, con todo su aparato jurídico y político, allí incluidas la democracia y la ciudadanía. En efecto, como vimos antes, es de la naturaleza del Estado ser - esencialmente - un instrumento de manutención del poder de las clases dominantes. Desaparecidas las clases, el Estado pierde su sentido de ser. Pero esto no significa que desaparecerá la autoridad y la organización. Ambas, no obstante, estarán bajo el control conciente y colectivo de los hombres y servirán a sus intereses. Individuos libres, iguales y fraternos necesitan de autoridad y organización, pero de

ningún modo de Estado.

El capitalismo se habrá vuelto pieza de museo, así como la esclavitud y el feudalismo.

Por otro lado, las consecuencias positivas también se harán sentir largamente. Por primera vez, en la historia, los hombres serán efectiva y plenamente libres, es decir determinados apenas por sí mismos y no por fuerzas extrañas. Serán ellos, de hecho, sujetos de la historia, o sea, serán ellos que tendrán en las manos su destino. Esto no quiere decir que ellos se vuelvan todo-poderosos, sino apenas que serán ellos y no fuerzas extrañas que decidirán su vida. Durante la fase de la comunidad primitiva, los hombres no podían ser plenamente libres porque todavía estaban sujetos a las fuerzas naturales. Con el advenimiento de la propiedad privada y de las clases sociales, a la dependencia frente a la naturaleza se sumó la dependencia de fuerzas sociales alienadas². Mis-

² Sobre la cuestión de alienación, leer, de K. Marx y F. Engels, en la *A Ideología Alemã*, Hucitec, 5a ed., p 46-50 y de K. Marx, en los *Manuscritos económico-filosóficos*, del primer manuscrito, la parte sobre El trabajo alienado.

[N. de T.: El fragmento de la Ideología Alemana referido por el autor corresponde a las páginas 48-52 de la edición brasileña de Expressão Popular (2009). En ella se traduce *Entfremdung* como *alienación*. La referencia realizada por Ivo Tonet corresponde a este concepto.

En la edición argentina de Pueblos Unidos – Cártago (1985) traducida por Wenceslao Roses, estos párrafos se encuentran - aunque en otro orden - entre las páginas 34 y 38. Cabe señalar que en esta edición de Pueblos Unidos se traduce *Entfremdung* como “enajenación” en la página

mo superando, en gran parte, con el desarrollo capitalista, la dependencia frente a las fuerzas de la naturaleza, los hombres continuaron siendo dominados por fuerzas, cuyo origen está en la relación que los hombres establecen entre sí en el trabajo, pero que escapan a su control, se vuelven contra ellos y los dominan. Siendo así, en la sociedad capitalista, el sujeto más decisivo de la historia no son los hombres, sino el capital, pues es él que, en última instancia, rige la vida humana. Solamente con la eliminación del capital (recuérdese siempre que éste es una relación entre los hombres y no una cosa) es que los hombres podrán ser plena y efectivamente libres. Entiéndase, no obstante, que libertad plena no quiere decir libertad irrestricta, total, absoluta, definitiva. Significa *apenas* una forma de sociabilidad en la cual son los propios hombres que comandan el proceso social.

Ahora, esta libertad se hace posible exactamente por la existencia del **trabajo asociado**. En la medida en que las fuerzas de los individuos son puestas en común y colectivamente gerenciadas, serán los propios hombres que decidirán su destino, que asumirán la resolución de sus problemas, no importa cuales sean. Serán los hombres que de hecho decidirán, consultando sus

36, *fremded* y *fremdes* como “ajeno” en las páginas 34 y 35, y *fremdheit* como “extraño” en la página 37. En todos estos casos la edición de Expressão Popular se refiere al concepto de *alienación* (incluyendo los términos en alemán entre corchetes) y es a él que alude el autor Ivo Toret en esta nota]

intereses y no los del capital, qué será producido, cómo será producido y cómo se dará el acceso de todos a los bienes. Es importante acentuar: el socialismo, como de hecho cualquier otra forma de sociabilidad, tiene una base material objetiva. Sólo es posible que exista socialismo y, por tanto, plena libertad humana, si hubiese riqueza en abundancia. Es claro, como ya vimos, que no se debe confundir abundancia con desperdicio y consumismo. Estas son características propias del capitalismo. Sólo para ejemplificar: socialismo no significará que todos puedan tener un automóvil o varios automóviles, sino que el transporte será adecuado a la atención de las necesidades humanas y no a la reproducción del capital.

Cuando hablamos de socialismo es importante evitar trasladar para una sociedad socialista los individuos e instituciones de esta sociedad. Como ya vimos, en la sociedad capitalista, todo gira alrededor de los intereses particulares y el propio individuo siempre está puesto en oposición a los otros individuos. Una sociedad socialista no podría ser construida con estos individuos egocéntricos. No obstante, en el proceso de construcción de una sociedad socialista, los propios individuos y todas las relaciones sociales - tanto entre los individuos, como entre estos y el género humano - sufrirán radicales transformaciones. Pero el socialismo, al contrario de lo que muchas veces se pensó, no significará el predominio del interés colectivo sobre el interés individual. Será, necesariamente, una articulación armónica entre el individuo y la colectividad. El pleno desarrollo de ambos

- individuo y género y no el menosprecio del individuo - es lo que caracteriza necesariamente al socialismo.

A pesar de eso, esta armonía entre individuo y género no elimina la existencia de conflictos entre estos dos momentos del ser social. Como vimos antes, el ser social implica la existencia de estos dos polos: individuo y género, singular y universal, diferencia y unidad. Hasta hoy, a lo largo de la historia de la humanidad, el peso oscilaba ahora para un lado, ahora para el otro. Hasta el sistema feudal, en formas variadas, la colectividad era la que detentaba el peso mayor. Con el sistema capitalista, el peso se desplazó para el individuo. El bien colectivo es visto, ahí, apenas como un medio para la realización del interés particular. De este modo, la apropiación, por el individuo, del patrimonio genérico constituido a lo largo de la historia - condición para que él se configure como miembro del género humano - nunca podía realizarse en su plenitud. Solamente en el socialismo, sobre la base del trabajo asociado, la relación entre individuo y género podrá volverse una relación armónica, vale decir, habrá un nivel donde será posible tanto el pleno desarrollo del individuo como el del género. Esto significa que cada individuo tendrá la posibilidad de realizar amplia y variadamente sus potencialidades, desarrollando múltiples actividades, ya que los bienes producidos serán abundantes, el tiempo de trabajo limitado, el tiempo libre extenso y las condiciones de apropiación y objetivación muy favorables. Por otro lado, la propia realidad

material permitirá a los individuos percibir que la unión y no la oposición, la solidaridad y no la competencia son mucho más favorables al desarrollo de cada uno. Como dice Marx, quedará claro que “tu desarrollo es condición para mi desarrollo”.

Es en este momento que la ética revelará toda su importancia. No obstante, una ética que sea no apenas formal y abstractamente, sino real y auténticamente universal³. En la sociedad capitalista hay, inevitablemente, una contradicción entre la ética y la realidad social material (esencialmente, las relaciones que los hombres establecen entre sí en la producción económica). Ésta, como vimos, gira alrededor del interés particular, al tiempo que aquella se vuelve hacia el interés universal. En aquello que más importa, que es el momento de la producción y que es la base de la sociabilidad y, después, en todos sus desdoblamientos, los hombres no pueden tener en vista el interés universal. Éste, entonces, sólo puede hacerse presente bajo una forma abstracta o moralista (Estado, derecho, democracia, ciudadanía, principios generales, apelos a la preocupación con el bien común, a la cooperación, a la tolerancia, al respeto, a la caridad, a la solidaridad, a la buena voluntad). Sólo

³ Sin querer entrar en una polémica compleja, definimos ética como aquellos valores que expresan las posibilidades más elevadas de realización del género humano, en cada momento histórico. De ahí por qué la ética tiene un carácter universal.

para ejemplificar: uno de los principios generales más fundamentales afirma que ningún hombre debe ser tratado como medio, sino apenas como fin. Ahora, es de la esencia del capitalismo tratar a los hombres como medio y no como fin. Hay, pues, ahí, una contradicción insuperable entre el discurso y la práctica. Esta contradicción queda meridianamente clara cuando se ve la impotencia de los apelos a la paz frente a la naturaleza productora de guerra y de violencia del capital. Es preciso que quede claro: no podrán dejar de existir guerra y violencia mientras haya capitalismo. Lógicamente, si queremos que los valores universales (como justicia, igualdad, libertad, solidaridad) tengan más que un carácter formal o sean más que intenciones abstractas y moralistas, tenemos que decidirnos por la erradicación total del capitalismo y del capital.

En el socialismo, al contrario, los valores universales no estarán en contradicción con la base material de la sociedad, configurada por las relaciones de trabajo. En la medida en que esta base material es directa y continuamente social, en que la humanidad es una **comunidad** real y no apenas formal, está puesta la posibilidad de que haya una relación armónica - lo que no significa exenta de tensiones y conflictos - entre los intereses particulares y los intereses universales. La propia realidad material mostrará a los individuos que la opción por los intereses universales será el mejor camino para su auto-realización. Así como en el capitalismo no es preciso incentivar el comportamiento individualista, una vez que él

ya es “natural”, en el socialismo no será necesario apelar a la solidaridad, una vez que las decisiones en este sentido serán favorecidas por la propia realidad material.

Como se puede ver, lo que marca el socialismo es la autoconstrucción humana plena, libre, social, consciente y universal. Autoconstrucción ésta que sólo puede darse sobre un determinado nivel material y sobre una forma de trabajo que sea la más libre posible.

Creo que, después de todo lo que fue dicho, habrá quedado claro por qué no se puede abordar la problemática del socialismo teniendo como referencia el llamado “socialismo real”. Simplemente porque aquello nada tenía que ver con socialismo.



3. ¿Cómo llegar allá?

En la suposición de que haya cierta concordancia con lo que fue expuesto arriba, una pregunta se impone: ¿cómo construir esta sociedad socialista? ¿Cómo hacer la transición del capitalismo hacia el socialismo? Preguntas difíciles, para las cuales son dadas las más variadas respuestas. Expondré aquí la mía.

Muchas son las cuestiones que deberían ser tratadas para poder, no digo responder, sino ecuacionar mínimamente esta problemática. Intentaré abordar algunas, que me parecen fundamentales.

Tres condiciones son necesarias para una transformación revolucionaria de la sociedad: una teoría revolucionaria, un sujeto revolucionario y una situación revolucionaria. Estas tres condiciones ni están siempre presentes al mismo tiempo. Sin embargo, para que haya una revolución es preciso que, de alguna forma, ellas se encuentren y articulen.

La primera implica una concepción de mundo y determinados fundamentos metodológicos que puedan probar que es posible transformar

radicalmente la realidad social; implica una comprensión clara - por lo menos en sus líneas generales - al respecto del objetivo que se quiere alcanzar, es decir, al respecto del socialismo; implica también una comprensión profunda de la sociedad capitalista, del momento histórico que ella atraviesa (sus contradicciones, estado de las clases sociales), de las estrategias y tácticas a ser utilizadas. La segunda, implica que exista, en el interior del proceso productivo, un sujeto (clase, clases, grupos sociales) que pueda asumir la tarea de hacer esa transformación, por sí sólo o en alianza con otros grupos sociales. E implica que este sujeto asuma, en la práctica, la transformación revolucionaria de la sociedad. En cuanto a la tercera, es preciso hacer una observación. Toda revolución es un proceso complejo y demorado. El momento de la explosión es apenas aquel en que las contradicciones se vuelen tan exacerbadas que su solución asume una forma violenta. Pero esto es lo que nos indican las revoluciones pasadas. No podemos saber cómo será una futura revolución socialista. No obstante, una cosa es cierta: independientemente de las formas que vaya a asumir, sólo podrá haber una transformación social radical (este es el significado esencial de revolución) si y cuando las contradicciones llegasen a un límite insostenible para las clases explotadas y las clases dominantes ya no pudiesen mantener el control de la situación.

Hubo momentos, desde el siglo pasado, en que estas tres condiciones parecieron estar presentes. ¿Existen ellas, hoy? Seguramente, no. Entonces, ¿la revolución es imposible? Vamos con calma.

En cuanto a la primera - la teoría - es cierto que existen, hoy, elementos, con grados variados de elaboración, en los varios aspectos apuntados arriba. De modo especial, continúan válidos, a nuestro modo de ver, los fundamentos elaborados por Marx, en colaboración con Engels, de una nueva concepción de mundo y para la comprensión de la realidad social. También continúan válidas las ideas fundamentales de Marx al respecto del proceso histórico-social y de la estructura y dinámica del capitalismo. Pero, de un lado, ellas fueron muy mal comprendidas y deformadas y, de otro, la propia realidad social cambió mucho de allá para acá. De modo que, bajo el aspecto de la teoría, dos cosas se imponen: a) el rescate de la teoría marxiana, rescate éste que debe buscar reconstituir su carácter radicalmente crítico y b) el estudio de la realidad actual, buscando identificar las líneas maestras de las profundas transformaciones que están ocurriendo. En el primer aspecto, pienso que la interpretación llamada de *ontología del ser social*, cuyo autor más significativo es G. Lukács, es la que más puede contribuir para restituir al marxismo su carácter genuinamente crítico. Pero, hay contribuciones preciosas y amplias también de autores como Lenin, Trotski, Gramsci, Rosa Luxemburgo, Mandel, Mészáros y muchos otros. En cuanto al segundo aspecto, existe una literatura muy amplia.

En cuanto a la segunda - la cuestión del sujeto - es más complicada. Marx afirmaba, basado en el análisis interno del capitalismo, que la clase obrera sería este sujeto revolucionario. Sin

embargo, todas las tentativas hechas por esta clase para construir el socialismo fueron derrotadas. Esencialmente, porque en ninguno de los países donde sucedieron existían las condiciones para la instauración del trabajo asociado, sin el cual es imposible el socialismo.

Ahora, de allá para acá, los cambios sufridos por la realidad social también se reflejaron en la clase obrera y en la clase trabajadora en general. Hay hasta quien diga que ella ya no es el sujeto principal de la revolución. Que serían los movimientos sociales, las ONGs, los excluidos en general. El hecho es que la clase obrera ya no es aquella típica del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. ¿Quién es, entonces, hoy, la clase obrera y, de forma más amplia, la clase trabajadora? ¿Cuáles son los segmentos, dentro de ella, que tienen contradicciones más radicales con el capital? ¿Cuáles son las cuestiones que pueden unificar a todos aquellos que, de algún modo, son contra el capital? La respuesta a estas cuestiones es extremadamente compleja y ni por sombra puede ser esbozada aquí. Mi opinión, sin embargo, es que la clase obrera, cualquiera que sea su naturaleza concreta, hoy, continúa siendo el sujeto revolucionario decisivo. No el único, pero el fundamental. Esto porque, a mi modo de ver, es esta clase la que produce la riqueza material, base para la existencia del ser social y es en la esfera del trabajo que se da el choque más profundo con el capital. Todos los otros movimientos sociales pueden apuntar hacia obstáculos puestos por el capital, pero apenas la clase obrera tiene

condiciones de indicar la contradicción que está en el núcleo del sistema capitalista. De modo general, todos los otros movimientos sociales tienden a luchar por objetivos que, de cierta forma, pueden ser alcanzados en el interior de este orden social. Solamente la clase obrera puede apuntar para un objetivo que sólo puede ser alcanzado con la superación radical de este orden.

Todavía, alguien dirá que, hoy, la clase obrera está lejos de ser revolucionaria. Esto es innegable. Pero, es falso afirmar, con base en esto, que ella perdió *enteramente* su potencial revolucionario. Un hecho continúa incontestable: la contradicción radical entre los productores de la riqueza y los que de ella se apropian privadamente continúa existiendo y siendo la más profunda de este orden social.

Más allá de eso, es preciso recordar que ser revolucionario no es un estado, una cualidad fija, inherente a la clase obrera, apenas por ser clase obrera. Ser revolucionario implica dos cosas. La primera, tener la potencialidad, por la posición ocupada en el proceso productivo, de colocarse radicalmente contra este orden social. La segunda, asumir, en el proceso histórico, teórica y prácticamente, la lucha contra este orden. Es, pues, perfectamente posible y la historia ha demostrado eso, que exista la primera condición sin existir la segunda. Es esto, a mí modo de ver, lo que está ocurriendo en el momento. De un lado, el propio ser de la clase obrera está sufriendo profundas modificaciones, implicando cambios objetivos y subjetivos. Sin embargo, permanece real su contradicción radical con el capital. De

otro lado, a pesar de breves períodos de ascenso revolucionario, la tendencia dominante, en estos últimos ciento cincuenta años, ha sido en el sentido de un creciente reformismo. Primero, la socialdemocracia alemana, después el eurocomunismo y, por fin, el socialismo democrático. Esto sin hablar del endurecimiento dogmático de los países que, siendo llamados de socialistas, nada tenían en este sentido.

En cuanto a la tercera, lo que estamos presenciando hoy - siendo imposible prever su duración - es el exacerbamiento creciente de las contradicciones del capitalismo. Al contrario de lo que muchos piensan y de lo que los ideólogos del capital pretenden probar, no se trata de problemas localizados ni momentáneos. Se trata de una crisis estructural del conjunto de esta forma de sociabilidad a partir de su raíz, que tiende a agravarse cada vez más, ya que la concentración de riqueza en un polo y de pobreza (mismo que relativa) en otro, con todo su cortejo de problemas, será siempre más intensa.

Como se puede ver, el camino hacia el socialismo no es ni claro ni fácil. Cuestiones que parecían resueltas tienen que ser respondidas y nuevas soluciones tienen que ser buscadas. Es en este momento que se percibe si las convicciones que tenemos son o no sólidas. Convicciones precariamente fundadas, dogmáticas o basadas más en la fe que en argumentos racionales y científicos tienden a evaporarse delante de tantos problemas y tantas dificultades.

Sugerencias de lectura.

Para un resumen histórico, sugerimos la lectura de *História da Riqueza do Homem*, de Leo Huberman, más allá de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de F. Engels.

Para la comprensión del sentido ontológico del proceso de volverse hombre del hombre, sugerimos leer, de G. Lukács: *As bases ontológicas do pensamento e da atividade do homem* (Ver. Temas de Ciências Humanas, n. 4, 1978); de S. Lessa: *Para compreender a ontologia de Lukács*. (Unijuí 2011); de K. Marx: *Manuscritos de 1844 y El Capital*.; de K. Marx y F. Engels: *La Ideología Alemana y El manifiesto del partido comunista*.; de José Paulo Netto: *Razão, ontologia e praxis*. (Rev. Serviço Social e Sociedade n.44/1994); de I. Mészáros: *Marx: "filosófico"* (En: *História do Marxismo*, v. I); de G. Markus: *Marxismo e antropologia*; de I. Tonet: *Educação, cidadania e emancipação humana - cap. I*. (Unijuí: 2005).

Sobre capitalismo y socialismo, sugerimos leer, más allá de las obras arriba citadas: de K. Marx, *Salario, precio y ganancia y Trabajo asalariado y capital*; de I. Mészáros: *O século XXI – socialismo ou barbárie* (Boitempo:2003; hay edición en español

de Ediciones Herramienta) y *Mas allá del capital*; de E. Mandel: *Socialismo x mercado* (Ensaio:1991); de I. Tonet: *Democracia ou Liberdade?* (Edufal:1997) *Educação, cidadania e emancipação humana* (Ed. Unijuí: 2005) y de José Paulo Netto y Marcelo Braz, *Economia Política - Uma introdução crítica* (Cortez: 2007).

Sobre la cuestión de las transformaciones en el mundo del trabajo, sugerimos: de Ricardo Antunes: *Os sentidos do trabalho* (Boitempo: 1999; hay edición en español de Ediciones Herramienta). En él se encuentra una amplia bibliografía sobre esa cuestión; de Thomas Gounet, *Fordismo e Toyotismo* (Boitempo: 1999).